

Desde Washington

El Gran Volado

POR LORENZO MEYER

YO creo que debe de ser eso que llaman "la fascinación de lo desconocido" lo que explica el gran interés que han despertado las elecciones presidenciales norteamericanas, tanto en mi hijo de seis años como en mí. Cada vez que Reagan o Busch aparecían en la TV mi hijo se sentía ofendido; pero aplaudía a rabiar cuando veía a Mondale o a Ferraro; realmente estaba ansioso por participar. En él, la novedad se entiende simplemente por la edad, ¿pero en mí? Me temo que mi actitud se debe a que he pasado toda mi vida en estado de virginidad por lo que a elegir a mis presidentes se refiere; yo nacía cuando el partido oficial llevaba 13 años de vida; ahora me estoy desquitando de tanta abstinencia.

Desde luego que me sé de memoria toda la lista de objeciones que se pueden hacer a la forma en cómo se elige al Presidente en Estados Unidos. Sin embargo, sigue siendo un hecho que aquel que finalmente llega a vivir en la Casa Blanca es alguien que ha logrado realmente una mayoría de votos. Es igualmente cierto que el oponente lo es de verdad, en el sentido de que su triunfo no es imposible. De todas formas, alguien puede aceptar lo anterior e insistir en que, a fin de cuentas, no es la gran cosa, pues este tipo de elecciones no resuelven nada. Quizá, pero resulta que en México hemos estado buscando algo parecido por más de un siglo y aún no lo hemos logrado. Así pues, no somos nosotros los más adecuados para criticar al sistema electoral estadounidense.

★

PESE a las enormes diferencias que existen entre los sistemas políticos al sur y al norte del río Bravo, hay un par de cosas que los asemejan en este momento, y sólo en este momento. Por un lado, el hecho de que desde antes de la elección se supo con seguridad quién habría de ganar. Por el otro, que nadie puede decir a ciencia cierta cuál será la verdadera política del ganador, y en este punto quiero ahonar.

En México ya estamos acostumbrados a que cada seis años el país se juega su futuro político en un volado, pues es casi imposible saber de antemano cuáles son las preferencias y los valores políticos del candidato priista. Hace ya un buen número de años que ningún candidato oficial a la presidencia ha sido antes gobernador o ha tenido la oportunidad o el deseo de dejarse ver como otra cosa que un fiel intérprete de la "doctrina" del Presidente en turno. Hasta que tienen el poder nadie sabe qué van a hacer con él los presidentes mexicanos.

Generalmente, en Estados Unidos ocurre lo contrario. Todo aquel que llega a la presidencia tiene ya un pasado propio, así como un programa que ha ido definiendo en la negociación casi pública con los grupos que lo apo-

yan y en el debate abierto con su oponente. Es verdad que este programa sufre modificaciones sustantivas cuando se le pone en marcha; pero al menos sirve como punto de partida y de referencia. Ahora bien, en 1984 la situación no es esa. Realmente nadie está seguro de saber qué es lo que Reagan se propone hacer de aquí en adelante. Los norteamericanos están echando un volado político casi como el nuestro. Veamos por qué.

★

EL apoyo electoral a Reagan surgió muy poco de un programa para el cuatrienio próximo, y mucho de un simple sentimiento de bienestar de las mayorías con su Presidente. Las encuestas de opinión mostraron que este apoyo estaba ahí sin necesidad de que el Presidente se viera obligado a definir de antemano el camino que pensaba seguir entre 1985 y 1988. En sus discursos electorales y en el breve debate con Mondale, Reagan sólo habló de generalidades, de prosperidad y confianza, de orgullo nacional y de un renacimiento espiritual, nada más. así pues, en este momento Reagan no está comprometido con nada específico. Por otra parte, como ya es el final de su carrera política —no se puede reelegir en 1988— tiene una

gran libertad de acción frente a los grupos que lo han apoyado, casi tanta como un presidente mexicano. Los puede seguir complaciendo o los puede marginar.

Quienes quieren ver el lado positivo de las cosas nos dicen que en realidad el Presidente Reagan se ha liberado por fin de la "derecha doctrinaria" que con tanta dedicación le apoyó desde California hasta Washington. Ya no la necesita, y por ello en el staff de la Casa Blanca prácticamente ya no hay conservadores ortodoxos. El gran triunfo electoral de Reagan coincide, según este punto de vista, con el clímax del rearme norteamericano. Ahora sí puede el Presidente negociar desde una posición de fuerza con los soviéticos, y por lo tanto, puede hacer concesiones al adversario, pues ya no le importa la crítica que quienes siguen considerando a la URSS como el "imperio del mal". No sería difícil, dicen quienes así piensan, que el Presidente eleve los impuestos si considera que no hay otra forma de disminuir el tremendo déficit fiscal que tanto nos afecta a los mexicanos, porque mantiene altas las tasas de interés que pagamos por nuestra deuda externa. Quienes así ven las cosas, llegan a opinar incluso que Reagan podrá darse el lujo de no hacer de Nicaragua otra Granada, y persistir, en cambio, en su intento de forzar a los sandinistas a alejarse de Cuba y la Unión Soviética mediante la presión y no la invasión. En fin, los optimistas ven en su bola de cristal a un Presidente fuerte pero benévolo, que delegará la mayor parte de sus responsabilidades en sus auxiliares. Una vez

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Desde Washington

Sigue de la página siete

más, en Estados Unidos dominará la política burocrática" y no la "política de principios".

EXISTE, sin embargo, la posibilidad de que el volado del que he hablado muestre que el "verdadero Reagan" es el que hemos visto hasta ahora. Esto significa que su visión simplista de los soviéticos no haya sido el resultado de querer complacer a quienes le apoyaron desde la derecha más dura que hay en este país, sino que realmente sea su propia visión. Existe también la posibilidad de que Reagan continúe considerando que Estados Unidos debe seguir aumentando su poderío militar antes de sentarse en la mesa

de negociaciones con los soviéticos. Es igualmente posible que, pase lo que pase, el Presidente se niegue a aumentar los impuestos. En fin —y esto sería muy desafortunado para México—, es muy posible que la lógica que ha llevado a Reagan a crear un gran ejército de nicaragüenses contrarrevolucionarios y a ampliar enormemente la presencia del ejército norteamericano en Honduras, siga su marcha hasta llegar al ataque frontal contra el sandinismo, a la "solución final" al problema de la revolución centroamericana. De todo corazón, por el bien de muchos, incluidos los mexicanos, deseo que el volado lo ganen quienes esperan un Reagan más flexible y menos doctrinario... pero tengo mis dudas.